



EL PRIMER MONUMENTO NACIONAL A BATLLE.

(Fotografía Juan Caruso)

En la bifurcación de las carreteras a Colonia y San José, rutas números 1 y 3, se ha levantado el primer monumento nacional a don José Batlle y Ordóñez, obra del escultor uruguayo Moller de Berg, acudiendo a la ceremonia ciudadanos de los departamentos limítrofes, y exaltándose en los discursos la recta personalidad del gran estadista.



Rambla de Piriápolis, el "trencito" y el Cerro del Inglés, o de San Antonio.

EL PULSO DE LOS ESTUARIOS



Paz en la rada de Piriápolis, con el Pan de Azúcar en la lejanía.



Barrancas de San Gregorio, modeladas por el agua de lluvia, y que el oleaje alcanza sólo durante los grandes temporales.

LOS mareógrafos de los Estados Unidos indican claramente que en las últimas décadas el nivel general de los mares se ha ido elevando gradualmente lo que revela una paulatina sumersión de los litorales costeros de la mayor parte del mundo. La causa de este ascenso de las aguas oceánicas parece residir en un incremento de la fusión de los hielos de las imponentes corazas glaciales que cubren el continente antártico, y en algunas tierras árticas. Parecería que una elevación poco sensible de la temperatura de la superficie del globo, hubiera provocado este retroceso de los hielos. De esta manera sería exacta la hipótesis defendida por Huntington y otros, de que aún dejando de lado la acción depredadora del hombre, el planeta marcha hacia una desertización progresiva en las áreas estrictamente continentales, pero se habría hecho por otra parte más húmedo en las tierras influidas directamente por las masas marinas, cuya evaporación sería cada vez mayor. Este último hecho parece haber acontecido en la porción austral de nuestro propio continente, y existen indicios de que en los últimos milenios, habría incrementado la humedad del clima del Sur del Brasil y de nuestro propio país (podzolización de algunos suelos, desiluvificación de algunos materiales, reducción de la frecuencia de las tormentas de polvo en épocas históricas, etc).

Como los cambios climáticos son difíciles de demostrar en razón de la periodicidad climática (conocida o no), lo único cierto es que las aguas marinas están subiendo en forma paulatina, y si el hecho no se observa en ciertas costas, es porque éstas sufren un levantamiento gradual propio, como ocurre en las comarcas que bordean el golfo de Botnia (Finlandia y Suecia) y en el litoral de algunas islas del archipiélago malayo (Timor, por ejemplo); la península de Idu en el Japón, se eleva a razón de veinte centímetros por año.

Al parecer la transgresión flandriana, habría determinado la invasión por el mar de las zonas continentales bajas, de lo que habría resultado un incremento de la extensión de los estuarios (este hecho parece ser cierto para las costas europeas). Si dicha transgresión afectó al Plata, no lo sabemos a ciencia cierta; ni siquiera podemos afirmar de una manera definitiva que la transgresión querandina que interesó nuestro litoral haya correspondido a una elevación gradual de la costa o al descenso paulatino del mar (movimiento eustático).

La complejidad de los movimientos epigénicos y eustáticos, nos obligan a apartarnos cada vez más de los antiguos conceptos relativos a los estuarios. Es cómodo decir que éstos corresponden a las entrantes formadas por la sumersión gradual de regiones de penillanuras, llanuras o de colinas. Lo difícil es demostrar en todos los casos la realidad de dicha sumersión.

De ahí que la generalidad de los investigadores modernos de hidrografía se hayan apartado decididamente de aquellos puntos de vista, y aceptando que la palabra estuario procede de aestus (que significa marea) y que la sumersión del litoral juega un papel importante en la formación de los estuarios, han adoptado una posición diferente a la de sus predecesores. Destacan que la mezcla de agua marina y la determinada por el aporte fluvial continental, la doble circulación (corriente superficial y dulce, de descarga; y corriente profunda y contraria de agua salada de origen marino), la influencia de las particularidades del fondo y de las orillas en esta circulación, tienen una importancia fundamental en la caracterización de estos elementos costeros. Por otra parte, se ha reconocido que no todos los estuarios son iguales, variando la gama hasta el infinito: los hay fiórdicos, los hay de barra, y son frecuentes los de llanura o penillanura sumergidas; en unos el aporte fluvial supera las pérdidas por evaporación, llamándose estuarios positivos; pero en otros es la evaporación la que prima sobre el aporte, siendo en este caso negativos; hay estuarios donde la sedimentación es tan intensa, que amenaza rellenarlos, mientras que en otros las corrientes de marea tienden a mantenerlos desprovistos de aluviones, hecho este último que conviene no exagerar, porque es cierto sólo para determinados tipos de estuarios.

Poco práctico resulta todo intento de clasificar el Plata como estuario, basándose en los conceptos antiguos. Y menos utilizar en tales esfuerzos afirmaciones como las de Pierre Denis, cuando dice: "el movimiento reciente de hundimiento que ha sufrido la porción meridional de la planicie atlántica (el autor dice "plateau") se reconoce en las formas del litoral uruguayo. Sumergiendo el estuario del Plata, ha abierto un ciclo de abrasión marina..." Sabemos actualmente que el litoral uruguayo ha sufrido un sostenido movimiento de emersión, alternado con invasiones del mar, y que en la última etapa ese movimiento ha sido de ascenso (o por lo menos retirada del mar).

¿Acaso podemos nosotros aferrarnos a las ideas antiguas, cuando en algunos países se realizan ya serios esfuerzos para representar



Coronilla deformado por la acción de los vientos procedentes del mar.
(Cerro de las Espinas. Maldonado).

por ecuaciones matemáticas las leyes que rigen la dinámica o circulación de ciertos estuarios? Un intento de esta naturaleza podría ser realizado en nuestro país en relación a las bocas de corrientes fluviales secundarias, por ejemplo el río Santa Lucía, aunque sin dejar de mantener nuestra preocupación por lo que sucede en toda la amplitud del Plata. Las particularidades estuáricas que reinan en el gigante platense, ocurren en pequeño en la porción final de los cursos de sus tributarios, en los cuales son frecuentes los llamados estuarios de barra (caso del Solís Grande, por ejemplo).

Los investigadores norteamericanos del Chesapeake Bay Institute, donde se ha destacado por su actividad Pritchard, antes de concretar las leyes que rigen la dinámica estuárica de la gran bahía, se han ocupado de estuarios menores, particularmente del río James, que vierte sus aguas en dicha bahía, y cuyo álveo ofrece una estructura más simple que el que caracteriza al valle hundido de Chesapeake, de una indentación que llama la atención en los mapas. Muchos principios de la hidrodinámica han sido estableci-

evaporación, y corriente profunda oceánica, más salada, mezclándose ambas en forma sensible durante los temporales). Masas de agua dulce o salada, se aíslan amenudo (alguien las llamó sin razón alguna "nubes"), debido a las influencias del fondo, y finalmente pierden su personalidad al mezclarse con las aguas contiguas, librando a su propia suerte a los organismos stenohalinos. Los cambios térmicos acompañan a la sucesión de las estaciones en la zona contigua a la boca del río Uruguay; hacia el frente oceánico, las influencias de los cambios térmicos continentales no repercuten tanto en las aguas estuáricas.

Elemento hidrográfico semi incluido en la línea costera del Atlántico, con riberas asimétricas, azotadas por un oleaje vigoroso; con fondo irregular y con abundantes bancos, el Plata, resto de un viejo golfo, tiene hoy el pulso característico de los estuarios.

J. CHEBATAROFF.

(Fotografías del autor).

Especial para EL DIA.



Arco arenoso adosado al espolón resistente de Punta Ballena. (Maldonado).

dos sobre la base de experiencias realizadas en modelos reducidos; podría complementarse la investigación relativa a la boca del Santa Lucía con algunas experiencias de esa naturaleza.

En cuanto al Plata, algunos datos (los esenciales son pocos) coleccionados por nuestros observadores, permiten asegurar que posee una circulación estuárica, por lo menos en una parte de su extensión, aun cuando las puntas Gordas (de Colonia) y del Este (de Maldonado) fueran límites totalmente arbitrarios del mismo (en nuestro litoral costero). La fluctuación de la salinidad platense es un hecho conocido por todos; lo es menos la doble circulación (corriente superior, derivada del aporte fluvial, siendo este último mayor a las pérdidas por



Cordones de cantos rodados de pójtido en
playa de las Flores. Maldonado.



Serenidad estuárica en horas de una tarde apacible. (Piriápolis).



Deporte emocionante, escaso en pescado y rico en mojaduras. (Piriápolis).



El doctor Arena entrevistado en su quinta, hace cuarenta años, por el redactor de "La Tribuna", de Roma, el famoso periodista italiano Francesco Bianco. Detrás, el autor de la nota.

FIGURAS QUE SE AGRANDAN EN EL TIEMPO LA DEL Dr. DOMINGO ARENA

RECUERDO la frase de mi esposa, cuando el doctor Domingo Arena se retiró de nuestro hogar, que había honrado, por primera vez, sentándose a nuestra mesa para saborear un almuerzo en el que la joven dueña había lucido sus muchas habilidades culinarias.

—Pero... este amigo tuyo... no sé... —¡albuca!—. Encuentro... que no se parece a ningún otro hombre.

Mi esposa lo había captado pronto: el doctor Domingo Arena era un ser original, especial, absolutamente distinto. (En aquel tiempo, con mi afición a los adjetivos desusados, habría escrito heteróclito). Extraño, sí. Ni su tipo físico, ni su indumentaria, ni su verba, y mucho menos su espíritu, eran corrientes. Si alguna caracterización más necesitaba, estaba su rigidez para caminar,

culpa de un ataque de ataxia locomotriz— en el que tuvo altibajos— del que nunca se había restablecido del todo.

Si el cuerpo, con la indumentaria holgada, sin sujeción a figurines, resultaba bastante "rural", el rostro carnosos y expresivo, era varonilmente fino. Blanco-rosado, de facciones delicadas. Alegres, menudos y vivaces los brillantes ojos, que sonreían picarescos, con indudable gracia. Gracia que solía acentuarse aún más al deslizar la boca golosa, siempre abizarrada por el bigote, alguna de sus infinitas y chispeantes ocurrencias.

Era una bella cabeza, realmente, la del doctor Domingo Arena, con aquellos cabellos ensortijados, primero rubios y, ya después de la cincuentena, de plata, que solían desplomarse en mechones unducos por las sienes y la frente. Cuando Arena, en medio

de un discurso, pasaba los dedos por la cabellera (ademán frecuente), los pelos, siempre amechonados, se alborotaban y aquello parecía la artística cabellera de una Medusa griega.

Si inconfundible era en su aspecto, con su macidez de chacarero (ya se sabe que tenía quinta), inconfundible era también en todo lo mental: conversación, oratoria, periodismo. En su juventud hizo literatura. Y a ella no le faltó tampoco un sello personalísimo.

Original en todo, lo fue en su brillante trayectoria: pues viene de Italia con 7 años y, apenas con 17, se ve al frente de una pulpería en Tacuarembó. Una pequeña pulpería que su padre, modesto zapatero, le instaló. Y cincuentón, tras de ocupar los más altos cargos parlamentarios, llegaba a

formar parte del Consejo Nacional, el más encumbrado organismo gubernativo.

Original estudiando dos carreras universitarias antagónicas: la de farmacéutico y la de abogado. Original cultivando en el periodismo todos los aspectos; el más alto: editorialista; y el más modesto: cronista policial. Era diputado o senador y no desdenaba hacer, sin embargo, relatos policiales y crónicas de crímenes. Siempre con originalidad. ¿Qué decir de sus notas médicas, escritas con atisbos o gracejo que jamás le hiciera aquí galeno alguno metido a periodista?...

Como director de EL DIA, el doctor Arena dirigía poco o nada. Ciertamente, viviendo el señor José Batlle y Ordoñez, los directores en aquella empresa, podrían desentenderse de lo realmente difícil: la concertación. "Don Pepe", como los que fuimos sus subordinados le decíamos al señor Batlle, bastaba para que el periódico que fundó tuviera todo en orden: desde la nota del día al comentario editorial exigido por la actualidad, desde los deportes hasta los avisos económicos. Y fue así como en una sesión de la Convención del Partido, se le pudo oír al doctor Arena esta frase ingenua, asaz expresiva:

—Yo no pienso. (Se refería a la política y al diario). ¿Para qué, si está Batlle que piensa por todos?

He ahí otro rasgo que caracterizó siempre a Arena. Su adhesión incondicional a Batlle y su consecuencia perenne al gran maestro. Resultó así de una lealtad ejemplarísima. A Batlle y a su doctrina, que nadie defendió mejor que él, con su espontaneidad y con su natural talento.

Hace alrededor de 40 años, formando parte de una Embajada que procedía de Italia, llegó a este país un periodista peninsular.

de mucha fama: Francesco Bianco, redactor de "La Tribuna" de Roma. Vino avidamente a atrapar lo más pintoresco del Uruguay. Y nosotros le dijimos:

—Tiene que visitar en su quinta al Presidente de nuestra Cámara de Diputados, un hombre que nació en Italia: el doctor Domingo Arena.

Cuando aludimos la carrera hecha por este político de origen peninsular, nos dijo Bianco:

—¡Qué carácter fuerte debe tener mi paísano para haber llegado tan alto!

Y nosotros sonreíamos en tanto le explicábamos. Un inglés rectilíneo o un norteamericano volitivo habrían afirmado de Arena, observándolo por arriba, que no tenía carácter. Y habrían dicho que si navegó, mejor expresado, que si avanzó en política, lo hizo como la lancha que va prendida al remolcador. En este caso, Batlle.

Se equivocaban. Bajo su dulcedumbre, Arena era un carácter, sostenido en lo fundamental.

Batlle sabía que contaba con el hombre fiel y firme que más lo admiraba, que siempre creyó en él ciegamente. Tan cálido, que allí donde fuera: redacción de EL DIA, club, reunión política o Parlamento, no sólo interpretaría sus palabras bien, sino que las diera con un calor y una elocuencia inigualables. Sagaz e ingenuo a un tiempo, entendiendo la ingenuidad aquí nosotros a la manera de Brisson: lo contrario del fingir. Y la paradoja: lo que parecía la debilidad de Arena, su ingenuidad, su candor casi infantil a veces, era lo que daba más empuje a su acción de lugarteniente.

Nos gustaba oírle los recuerdos de la infancia. Estando en la pulpería mostró tanta "buena cateza" que decidieron darle preparación universitaria. Tuvo algún maestro especial, pero se vió bien pronto que sólo en Montevideo podía tener el muchachón la clase de enseñanza que ser tan bien dotado merecía. Inició los estudios secundarios ya bien grandote, entre compañeros que no le llegaban al hombro, cosa que lo avergonzaba. Y esto obligó a esforzarse mucho, a fin de sobrepasarlos también como estudiante.

Cuando lo llevaron a EL DIA, para que se hiciera de algunos ingresos, estuvo por fracasar de puro campechano con don Pepe, que lo creyó un atrevido; pero se dio tanta maña luego, en su afán de escribir bien, que Batlle, en un principio prevenido contra él, como se dice, puso en el mocito toda su confianza. Y cuando en aquella redacción Batlle ensalzaba tal o cual nota aparecida en éste o aquel diario, Arena le decía:

—No crea que nos va a hacer sombra





La cabeza inconfundible del doctor Domingo Arena, acorde con su espíritu, lleno de rasgos originales, como puede verse en sus trabajos o su anecdotario.

Ahora voy a escribir yo una mucho mejor.

Y en infinidad de ocasiones lograba el ambicioso intento. Su bondad y sus felices ocurrencias le abrieron muchas puertas allá en sus comienzos. Luego fue una figura popular, muy querida.

Sus satisfacciones en la vida fueron infinitas. Pero los contratiempos también. Primero la esposa que no le comprendió. Una separación y el divorcio. Un hijo enfermo de un mal incurable. La amistad, bastantes años más tarde, con un espíritu exquisito, del que se enamoró apasionadamente. Era una joven enferma, que pasaba los días en un sillón de ruedas. El doctor Arena buscó a los mejores médicos, todos amigos suyos:

—Mi vida, lo que ustedes me pidan, pero curenmela.

Y surge lo que parecía milagro de la ciencia. El cuerpo empieza a recobrar el vigor perdido. Ya se yergue. Ya camina. Ya vuelven a las pálidas mejillas, bajo los enormes ojos asombrados, arbores de lo que fue una primavera con brusco eclipse.

Se concierta el enlace. Es la novia, que lo mismo hace versos que pinta, la que dibuja los muebles que el ebanista ejecutará con finas maderas. Proyecta la decoración de la casa, elige cortinados.

La vivienda de Arena, hombre tan sencillo, era, en Piedras Blancas, una construcción señorial, realmente buena, con el gusto de la época, (ambientes grandes) y enclavada a la entrada de la gran quinta, llena de frutales, que Arena pudo personalmente, siempre que pudo, bien que colaborando sus peones, que obtenían de él un trato familiar.

En tanto llega la fecha del enlace, Arena hace acaso sus mejores discursos de madurez, que eclipsan los muy vibrantes de la juventud. Y cuando lo ovacionan, el avezado político confiesa a los compañeros:

—No es que pretenda lucirme a mis años. Hago todo esto para ser digno de ella.

Llega el día de la boda. La joven es creyente. Y él librepensador. Ella quisiera casarse por la iglesia. Aquí un conflicto para Arena. Piensa y lo resuelve con su infaltable originalidad.

Manda a la curia una carta pidiendo la ceremonia religiosa para su amada. Pero previene franco: "Yo seré allí sólo un espectador respetuoso".

No se puede brindar más delicada prueba de tolerancia. La carta la lee en EL DIA todo Montevideo.

Tras el connubio, la pareja fue a Buenos Aires, dando tiempo a que el "nido" estuviese arreglado.

—¿Quedarán bien los muebles? — inquiriere la dama.

Y el caballero responde galantemente:

—Muy bien. No puede ser de otro modo. Recuerda que los ideaste tú.

Y sobreviene un brutal zarpazo del destino: la muerte de la dulce mujer a los pocos días.

—¡Mi vida está rota ya para siempre! — afirma el hombre.

Poco tiempo después se produjo mi visita a la quinta, conduciendo al periodista Bianco. Las habitaciones de la casa se habían llenado de polvo. Arena no dejaba que entrara en los aposentos nadie. Nosotros fuimos los primeros.

Con la advertencia de que no debíamos rozar siquiera los muebles que ella ideó y no alcanzó a ver. Los papeles del comedor y otros aposentos se habían despegado y colgaban dramáticamente. El dueño miró, un poco espiritista, y nos dijo:

—¡Hasta las cosas habían presentado mi desastre!

El doctor Domingo Arena reaccionó con el tiempo de este golpe tan duro. Estaba la obligación a cumplir: seguir al maestro, batallar por Batlle. Y estaba la quinta. Estaban aquellos árboles que amaba tanto, y que corrían graves peligros si él no tornaba a ser el fruticultor original que un día nos diera su brillante lección de botánica:

—Un árbol es una copa abierta a los cielos, de donde recibe el agua y el aire. En forma de copa ha de podarse siempre.

Política, periodismo, agricultura, con estas actividades ocupó su mente y dio castigo al cuerpo, que por el duro trato no se rindió a la enfermedad, no claudicó totalmente como el de otros enfermos de su mismo mal. La permanencia cerca de Batlle fue cada vez mayor.

Y en su quinta, próxima a la del maestro, recibió regularmente a los amigos, que vieron con agrado cómo renacía el humor de quien siempre tuvo para todo una frase brillante, llena de chispa.

Entre las más puras satisfacciones de nuestra vida está la de haber suscitado, allá por el 1912, con nuestro libro primigenio, "La vida humilde", la carta apologética —inmerecida, naturalmente— que constituye una de las más bellas páginas brotadas espontáneamente (todo en él era espontáneo) de la pluma inspirada de aquel inolvidable ilustre amigo. Hay en esa carta una referencia magnífica al periodismo. Quien la lee ya no la olvida más. Tras de decir que el periodista está condenado a derramar su talento gota a gota, en una larga vía crucis intelectual que dura generalmente toda la vida, refiere:

"Allá en mi más lejana infancia fui, entre otras cosas, pulpero. Naturalmente, un detestable pulpero! Un día llegó a mi trasti-

da una gran pipa de vino, con gotera. No le di importancia al accidente. Ya un poco fantasista, no podía hacer caudal de semejante miseria. ¡La pipa me parecía tan grande! ¡La gotera tan chica! La dejé correr, pues, desdeñosamente. Pero un día, cuando fui a abrir la pipa, la encontré vacía. La pequeña gota insalvable me la había vaciado sin dejar siquiera charco! Pues bien: mucho tiempo después, cuando me vi arrastrado por la vorágine del periodismo y quise abarcar mi destino, vi erguirse en el horizonte de mis recuerdos, como un símbolo de tragedia, mi pipa secándose gota a gota. ¡Como ella se agotaría mi pobre cerebro, sangrando día a día! Y la lenta y desesperante hemorragia no haría charco, pasaría inadvertida, como la de tantos millares de colegas míos, absorbida, secada por toneladas de papel impreso".

Bello símbolo a fe. He ahí una alegoría que supera el caso de aquel personaje de Daudet que tenía el cerebro de oro.

Por suerte para todos, el doctor Domingo Arena conservó la lucidez siempre. No se agotó su cerebro. Sobrevivió a Batlle hasta 1939 (murió el 3 de mayo), acompañando a los hijos, dándoles pruebas de su solidaridad —absolutamente total— en los días en que Terra hizo vacilar las finanzas del diario.

Tuvo una muerte dulce. Encontrándose bien, se acostó para dormir y ya no se despertó nunca. Su rostro, caídos los párpados, lucía la sonrisa de sus buenos momentos. Conservaban las tersas mejillas su color rosado, a pesar de la muerte. Y sus cabellos blancos —la cabellera mantenía toda la integridad— caían en bucles y le ornaban las sienes y la frente. Aquel apóstol laico, dentro del ataúd, más que un cadáver, parecía una de aquellas imágenes policromadas, yacentes, ante las que se prosternan los fieles en los viejos templos católicos de Italia.

No hay modo de que se nos vaya del recuerdo esta impresión.

A esta altura del comentario, nos hemos puesto a hojear el volumen donde el editor Claudio García encerró páginas juveniles de Arena con el título de "Cuadros Criollos". Hay allí de todo, desde la crónica de un lejano viaje a la Agraciada a escenas históricas, que reflejan bien lo que fue la dictadura de Latorre; desde el relato gaucho fresco y sangrante de verdad, al cuento simbólico. Todo bien visto y bien realizado, con un estilo fácil, lleno de color. Quiere decirse que Arena pudo ser, en cualquiera de los géneros literarios aludidos, un escritor a la altura de valores de aquella época que perduran por sus obras: Eduardo Acevedo Díaz, Carlos Reyles, Samuel Blixen, Javier de Viana...

También hemos tenido en las manos aquel discurso que le oímos pronunciar en el Senado en 1912, cuando se trató el proyecto de divorcio *ad livitum*. ¡Qué torneo oratorio fue aquél! Espalter y Tiscornia, católicos, impugnando. Arena y Arena, liberales —el proyecto en discusión era del primero— defendiendo, bregando porque tuviera privilegio quien resultaba víctima con más frecuencia de la sociedad: la mujer. Dudamos que se hayan sucedido nunca, en nuestro Parlamento, —así, en haz tan parejo, tan armonioso— discursos más inflamados y de más extraordinaria elocuencia.

Este párrafo del doctor Arena acredita bien a quien fue, con Batlle, tan ardiente feminista, en tiempos de verdadero despotismo masculino:

"Todos estamos de acuerdo en que la mujer es la parte débil del matrimonio. Tan bien lo hemos entendido, que hemos organizado un régimen especial para defender sus bienes. ¡Pues, señor!, organicemos un régimen especial para defender su libertad que, por lo menos, vale tanto como sus bienes".

En los discursos del político, como en los escritos del abogado, como en los artículos del periodista, poco cuenta la erudición. El triunfo es del buen sentido, de la lógica, de aquel talento que Arena había desarrollado más atento a la vida que a los libros. Los puntos que calza la elocuencia de aquel gran intuitivo resplandecen en este párrafo del discurso que ofreció a la Convención del Partido, en el aniversario de la muerte de Batlle:

"Nunca podrá morir quien ha quedado profundamente arraigado en el corazón de cientos de miles de adeptos. Cuando lo sentimos, pues, ausente, debemos pensar con el poeta que emprendió el largo viaje hacia el país ignoto, pero no hemos de admitir la desesperanza de la separación eterna, porque todos lo hemos de seguir. Nuestra actual situación, aunque aparentemente tan dolorosa, no es, en definitiva, muy distinta de la de incontables adeptos de Batlle que lo siguieron devotamente 50 años, sin verlo una sola vez. Podemos seguir obrando como si todavía nos aconsejara Batlle. Bastará con que nos inclinemos ante lo justo, lo bueno y lo bello, ya que la justicia, la bondad y la belleza fueron Norte invariable del caballero sin miedo y sin tacha del humanitarismo republicano en América".

Se explica que el maestro destacara a este magnífico discípulo cada vez que era necesario ganar, en el Parlamento o en la Convención, alguna importante batalla.

Vicente A. SALAVERRI.
(Especial para EL DIA).

A LOS SESENTA AÑOS DE LA MUERTE DE ASUNCION SILVA

HA sesenta años y mientras por la extensión de la sabana santafereña comenzaban a levantarse, destinadas a la perdurabilidad del arte, las figuras del Nocturno, José Asunción Silva se había quebrado en el pecho el mortal latido. "Rostro ovalado, —apunta García Prada en su retrato esencial—, cabellos negros, finos, espesos y ondulados, como sus barbas, que llevaba partidas al modo de los ismaelitas nobles; nariz aguileña, labios delgados y ojos negros y luminosos... Tenía la voz suave y rica en modulaciones naturales y cultivadas. Sus mancos eran largas, nerviosas, expresivas. Sus modales distinguidos y tímidos".

La blancura del mármol, acariciada por los girones de gris del ambiente de Bogotá, conforma la cabeza de quien, a trueque de perder la línea, decía de sí mismo: "Antes muerto que pálido...". Solución de angustia, de tedio de la vida, de ultrafinos desengaños, que se marcó en un disparo, dentro de la hermética alcoba, el 24 de mayo de 1896. Gota de plomo que rompió su calvario cordial, cuando en su frente de treinta años no se había pronunciado la arruga del camino, y sobre el ambicioso corazón que quiso dejar el capítulo trunco más bien que imperfecto, abatiese para siempre la barba nazarena.

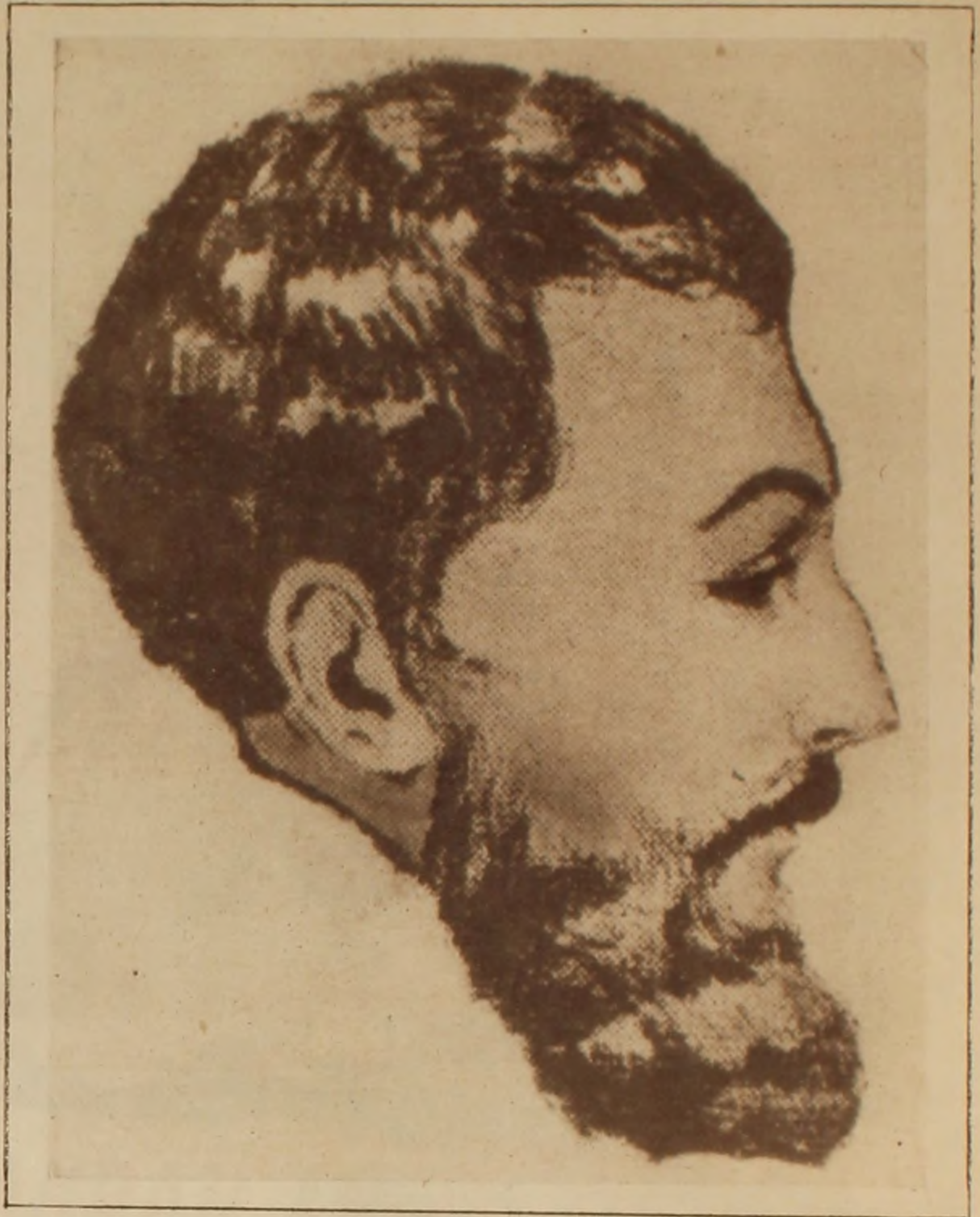
Un ambiente como de sensible destino rodea al del canto de precursores estímulos. Cuando el niño retraído regresa a la casa le festeja el surtidor con su antena de cristal que revienta en burbujas y si al recatado infante le llaman sus compañeros el Niño Bonito o José Presunción, no raro que la raíz de su estoicismo se formara al amparo de la vieja paz del salón de familia por donde flotaban nubecillas de alhucema y finales de avemarías, pasos ceremoniosos de cuadrilla o acordes de vals vieneses... Hereda del padre don de belleza y sugestión de la palabra, y de la madre, desprendimiento, finura. ¿Amiel o don Juan?, se ha preguntado uno de sus biógrafos más enterados, Alberto Miramón. Ni seco narcisista

ni extravertido de gozadores arrebatos. Es el espíritu que él mismo examina, de malestar que se aumenta con todas las torturas del análisis. La propuesta amorosa que se busca amargos como en Bécquer, la ironía de Heine, el estilete de Bartrina, la impresión de misterio y ausencia, como en Poe... Silva vive rodeado de los artículos de lujo del almacén de su padre. A los diez y ocho años escribe versos y es un cachaco santafereño cuyo florentino decir emprende viajes del madrigal al epigrama. Un día cumple con su sueño: viajar. Visita París y Londres. Acendra la esencia finisecular, y regresa. Trae el "complejo del retorno". De volverse, extrañaría otra vez la bogotana mansedumbre de su patio de helechos y geranios y la velada de versos y paradojas en donde anti-paba, con hondura mayor, la música de Darío. Se le nombra Secretario de Legación en Caracas y entusiasmándose esporádicamente ante la gesta libertadora, escribe, sobre todo, los Cuentos Negros, Almas Muertas y Los Poemas de la Carne. De retorno a Bogotá, en el naufragio del Amerique en las costas del Caribe, pierde los papeles de sus manuscritos. Pero han quedado sus poemas en los álbumes de sus amigos de Colombia. A la muerte de su padre se anuncia un presagio de bancarrota. El poeta no puede luchar con la economía. Pero una fantástica reacción le lleva al proyecto de una fábrica de baldosas como para "irundar los mercados de América". Dispone almacenes magníficos y escribe cartas de propaganda en hojas de Holanda... Caen los reparos acerca de la irrealdad de sus planes y se habla de la disconformidad que existe entre su fortuna quebrada, y sus chalecos parisinos y sus pitillos turcos.

Sólo su hermana Elvira le comprende y le alienta, y a su muerte, en 1891, la pérdida de la guía espiritual, del asidero fraterno que no podría hallar compensación para esa búsqueda del ápice gemelo del pensamiento y la sensibilidad, abre, en sus páginas, los inagotables, los misteriosos, los eternos motivos de los Nocturnos...

Cuando en la mañana del 24 de mayo de 1896 es hallado muerto en su lecho, se proyecta la leyenda y la suposición alza su dudosa estatura. Los más acercados de sus comentaristas, sus compañeros de la época, —Sanín Cano, por ejemplo—, desechan inútiles atribuciones, bordean el escollo de abultadas hipótesis, y van sólo a la entraña fina, a la virtud del canto, al regusto de las gotas amargas.

La verdad es que la sublimada imagen de la mujer que hubo de formarse el ultrafino, estaría, por gracia de compenetraciones explicables, pidiendo el dechado y la semejanza de Elvira Silva, a la que el hermano sobrevive sólo por cinco años. Los cuatro momentos de su Nocturno participan, por su reciente elegía y su predestinado duelo, de relámpagos cinéreos entre los cuales parece palpar, como exigente de perfección inalcanzable o de sedena dicha un retoño de azahares. Así suenan los Nocturnos a nupcial acorde y a trémula despedida. El estado de alma está precisándose. El delicado tacto de la vida; el afán de llegar a un dominio de la existencia, pero después, finada la fiesta de la esperanza, la fría ráfaga que bate allí en donde están las sombras de los cuerpos y las sombras de



José Asunción Silva. (Dibujo de Nicolás Delgado. Quito. 1920).

las almas, y una sola sombra que iba sola... Una errante luciérnaga para alumbrar el beso. El contacto furtivo de sus labios de seda. Y la dulce niña pálida que dejaba adivinar inocencias extrañas.

¿Será posible que en su famoso Nocturno se señalen algo de la angustia poética y aún de la música tremante que dictó mucho de la técnica de la lírica moderna? Igual impresión, tal vez, de vacío y de muerte; parecida racha de heladeces con alas de cuervo o sibilina palidez de luna. El Nocturno que para Juan Ramón Jiménez tiene "la calidad de un preludio de Chopin eterno" y que para García Prada es "el maridaje de la ternura indígena y el viejo dramatismo castellano, en donde resuena la quena india con su ritmo trémulo y quejumbroso", arrancando de su saber clásico que concierne, de pronto, los más acusados toques modernos con el gusto simbolista y la eterna verdad de lo romántico, acierta en sollozo profundo y cristalino a la vez, en donde los tetrasílabos, sin la sentenciosa cadencia de los de las coplas de Manrique, se ligan y también se desatan en un lamento que no concluye.

No resurrección de una evasiva wertheriana, ni áttavo psicopático, ni influencia de lecturas que estaban sobre la mesa de noche, en el preparativo del viaje deliberado.

Ese ejemplar de "El Triunfo de la Muerte" de D'Annunzio, le guiaba, como cree Sanín Cano, a buscar noticias sobre el superhombre, para un libro que se proponía escribir sobre Leonardo de Vinci. Las "Tres Estaciones de Psicoterapia" correspondían a una búsqueda de calma para su espíritu. Ni Carlotas goethianas ni entera incapacidad de vivir. La punta de su corazón, como dijo sonriendo el doctor Manrique, no estaba desviada. Pero el poeta llevaba ya el oxidado revólver que pidiera a su madre con cualquier pretexto, al tiempo de formular al médico esa pregunta, fría como el análisis, acerca de si la percusión permitía establecer con cierta exactitud la forma y las dimensiones del corazón. Igual aquello para el hilo de sangre que iba a horrar, sobre su pecho, la cruz del lápiz de Manrique. Hace sesenta años marchó Silva, siguiendo el camino del Nocturno "por el infinito negro —donde nuestra voz no alcanza"... Y su voz es la de las que siempre vuelven por lo mismo que, como lo creía Guillermo Valencia, con la frente entre llamas y los pies en el limo, "quiso sentirlo, verlo y adivinarlo todo".

Augusto ARIAS.

Quito, 1956.

(Especial para EL DIA).



Arturo Barea disertó en Amigos del Arte sobre la poesía mágica y onírica de Federico García Lorca, tema que trató con la brillantez y profundidad de toda su obra.



José M. Mallol Zuazo.—"Busto desnudo".



José Amat. — "Balandros en el puerto".

EXPOSICION DE PINTURA ESPAÑOLA CONTEMPORANEA

LA Escuela Catalana, en donde se ubican estos cuadros de fuerte naturalismo pictórico, nos da una muestra de valores contemporáneos españoles. Es una exposición que abarca pocos nombres, pero que cada uno en su carácter logra, con distintos atributos, montar un cuadro definido en el tema que se han propuesto.

Mallol Zuazo, pintor colorista, que matiza con notable liviandad, y que conserva siempre la gama total, ya en verdoso-azulado, con detalles de colores cálidos, y dando expresión a sus figuras dentro de su estilo pictórico, está representado con telas que, sin ser de sus más intensas, mantienen el ritmo clásico de su producción. Nos sorprende "Arboles Verdes", ya que de Zuazo no habíamos visto paisajes de tal fuerza de color. Es un paisaje con figuras y una gran profusión de verdes, en los que se destaca principalmente su empastado toque, variando por escalas de notable colorido.

José Amat, pintor de gran ejecución espontánea, muestra diversos temas que van desde "Circo". Plazas, juegos de atracciones, en una serie muy unida por el color y por la tonalidad jugada en grandes planos, generalmente rosados y azules, para matizar con colores en los que destaca la vivacidad que le es característica. Tal vivacidad de expresión, la vemos en todas sus telas. Especialmente en los "Balandros en el puerto", "Circo" y una gran soltura de pincel en "Marineros" y "Atracciones". Es interesante comprobar en José Mompou, "La Plaza España". Es un manchado expresivo y con unidad de color en los complementos de su dinámico tema. La sensación de lo que desea decir en sus distintas fases, está en estas pinceladas sentidas dentro del carácter de la pintura que aborda. Juan Serra abarca el viejo tema del "Establo", pero lo trabaja en tonalidades azuladas y en manchas seguras y firmes: tanto en la forma como en la composición. Luego Pruna, con sus frutas dibujadas y estudiadas en el colorido naturalista más perfecto. Destacamos por su calidad, el fondo del cuadro "Uvas y queso". En Blanch, anotamos la luminosidad de su tela "Niño de perfil" y la ejecución de "Niña con cesta". De Serra colorista y generoso para el empaste, recordamos su gran tela "Las Ramblas", donde abarca el croquizado y el contraste, así como el movimiento, dentro de un radiante efecto de luz. "Puerto de Barcelona", del mismo, envuelto en gama de grises, y la Plaza España de Mompou. Se exhiben algunos "bodegones" y "naturalezas muertas" de buena factura.

Es ésta, una exposición que se realiza en Galerías Montevideo y que, por los valores que encierra, es interesante en la categoría de muestras naturalistas.

Eduardo VERNAZZA.



José M. Mallol Zuazo.—"Arboles verdes".



José Mompou. — "Benedictine".



Juan Serra. — "Establo azul".



Dibujo de Leonardo, también para "La Gioconda".



El "San Juan", pintado en Cloux, es un hermano gemelo del dibujo destinado a "La Gioconda".



Junto a Gine...

AL salir del invierno, se animaron los castillos del Loira. El turista afanado (y en masa) vuelve a ir de Chinón hasta Blois, desde Ambroise a Chambord, a Chaumont, a Saumur... Un camino de estrellas, de castillo a castillo: relucir de barnices y de níquel de auto. El horror olfativo de la nafta quemada, en las rosas del Loira que se cubren de polvo. Y el estruendo. Ese estruendo de motores, de klaxons irritados, y de gentes prendidas en la red enmarañada de la prisa, ahuyentando silencio y fantasmas murallones adentro de los anchos castillos, cova-chuela de guías verborreicos... y apurados también.

Todos los castillos, ese estruendo: la turística masa, los guías parlanchines, y la prisa... Menos uno. Pequeñito y solitario. Sin murallas medievales, sin troneras, ni salones de aparato. Sin fantasmas de reyes, ni de príncipes. Y sin esa truculencia venenosa de la intriga política, o del crimen, inherente a la cortina de castillos alzada en las orillas de este río. En flujo y en reflujo permanentes, ese mar de los turistas afanados va asaltando la cortina castillera, se renueva, vuelve y pasa. Y el castillo pequeñito queda al margen. ¡Por fortuna para él! Está a dos

pasos de Amboise. Nada más. Y ¿quién se detiene en Cloux? Un solitario que huye, o que busca otro fantasma, o a veces un extraviado... sin mayor explicación.

Ocurre en Cloux... O no ocurre... Ni señuelo arquitectónico, ni aventura principesco, ni heroísmos medievales, ni cara galantería de alcobas de realeza. Cloux es esto: cuatro años de la vida de Leonardo de Vinci... y su muerte. De un Leonardo a Francia trasplantado, inventor, ingeniero, constructor, del que nada construido queda, y (apenas por añadido) un Leonardo pintor. Este silencio, esta soledad de Cloux, ¿desprecio de multitud, indiferencia no más? Ni una cosa ni otra importan. Aquel substantivo tímido, aquel lento creador, el Leonardo secreto, ¿podía soñar acaso mejor destino (y mayor) que la ausencia del turista estrepitoso prendido en la neurosis de la prisa?

El inventor, constructor, ingeniero, especie de monje en Cloux, hasta Francia trasplantado como tal, pintó por añadidura. No quedó ninguna otra del primero, lo cual es

siempre conforme con el desaparecer constante de tanta labor de Vinci. Y de lo añadido, en cambio, un cuadro nada más queda: el "San Juan", hoy conservado en el Museo del Louvre.

Pero en un rincón de Cloux, en este salón abierto sobre el campo de Turenna, estudio del inventor, otro cuadro acompañaba a Leonardo. Vino de Italia con él. Hasta el fin lo conservó. Fue como su propia sombra. O ¿fue acaso Leonardo (el Leonardo secreto) la proyección de su cuadro? ¿Este cuadro?: "La Gioconda". Para el propio Leonardo, no terminado jamás. ¿Quién puede hoy entrar en Cloux sin que le asalte en seguida la inquietud de ese complejo?

Desde esta silente cima de Leonardo de Vinci, desde el castillo de Cloux (más allá tan sólo existe el trampolín de la muerte), la visión de aquel complejo del pintor y su pintura se hace angustia penetrante: la angustia de "comprender".

¿Quién es este personaje, fijado en una actitud... y para la eternidad, con una ex-

presión facial en torno a la cual el tiempo fue depositando capas con transparencia nacar, encerrando en ellas su alma, como un corazón secreto de una perla a descubrir. ¿Quién es esta "permanencia", serie sutil de momentos encerrada en un total que es la vez lo infinito y los límites del ser? ¿Quién es este personaje? Cosa mortal transformada en "la cosa espiritual" en virtud de cuanto el genio del artista hizo salir de la ganga de las apariencias simples (también de lo provisorio), y aún de cuanto añadió e hizo pasar de sí mismo en el complejo de otro, hasta que alcanzada fuese esa estrecha comunión, de calidad tan extraña, por cuya honda eficacia el retrato del modelo es, en el fondo, la imagen espiritual del pintor. "Esta tela me hipnotiza —escribía Michelangelo— me llama, invade y atrae, me absorbe y me impregna entero, y voy cautivo hacia ella como el pájaro se acerca a la serpiente".

Sobre la tela pintada, donde modelo y artista se encuentran y se adicionan en amalgama sutil, nace un ser nuevo, sin duda.



Las manos de Mona Lisa.



El museo de Windsor conserva este estudio de Leonardo.



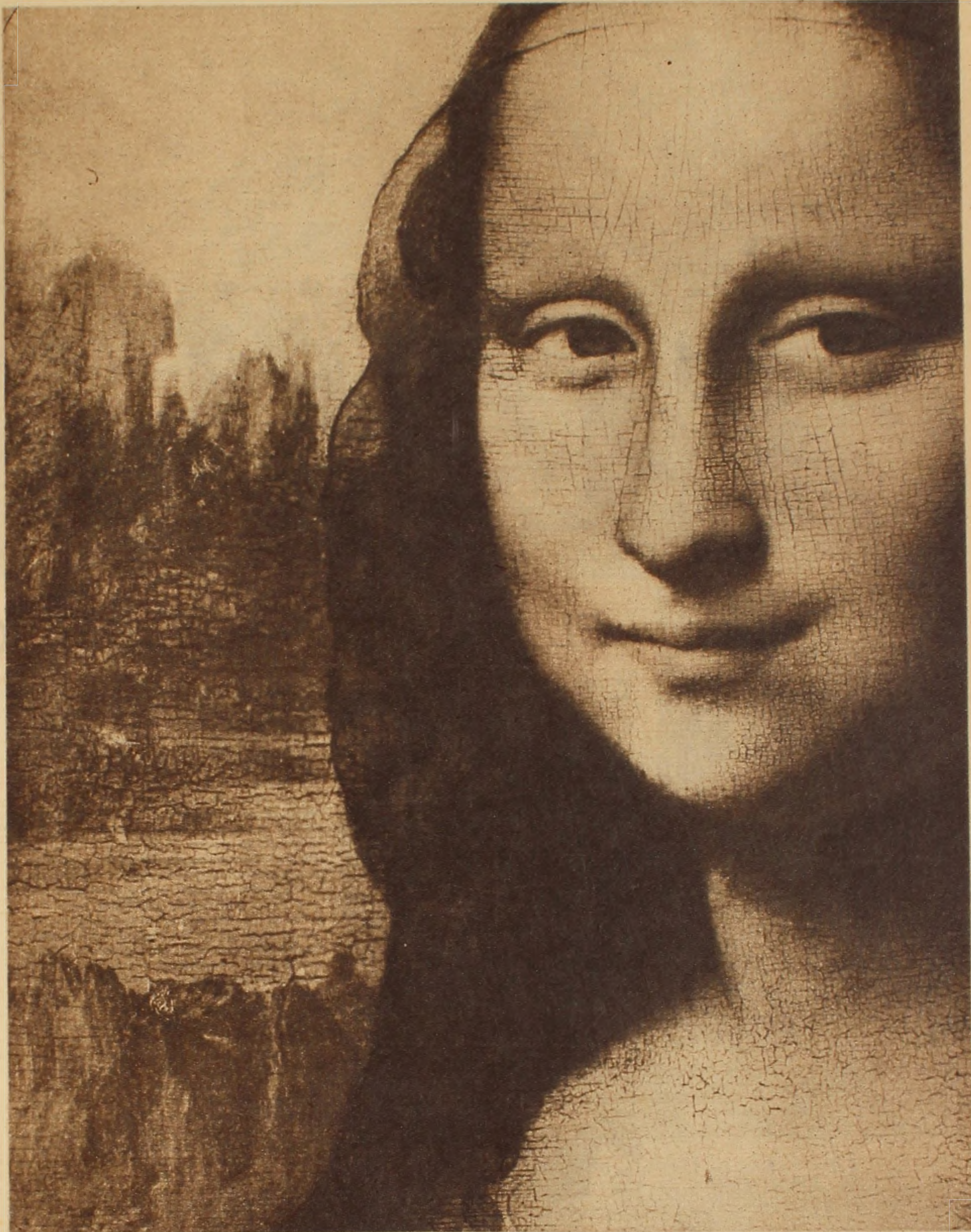
Vinci, paisaje contratigura.

CCDA"...

no es exactamente la mujer que, en el estudio, estuvo ante el catallete, sino una proyección de la materia sobre el plano momentáneo del espíritu. Todo retrato pintado por mano de "retratista") es una amplia expresión de constantes metamorfosis en el curso de las cuales cambiantes rostros diáfanos aparecen, se añaden, se superponen, se destruyen también, según las luces del momento. Libre operación del tiempo, el retrato petrifica y, al mismo tiempo, ilumina. Se desdibujan los días, los unos sobre los otros, en esta combinación variable de sentimientos diversos. Como la sombra cambiante de una roca en campo abierto, como ese escalofrío que se mueve en la caricia del viento, o el resaca de una ola que descubre el verde y el blanco de la intimidad del agua, las pasiones se deslizan sobre el rostro, o se detienen, se marcan, lo rozan nada más y se eliminan, dejando el trazo inconfundible de los rasgos producidos indeleblemente. Y, al sucederse sin cesar, su propio rastro destruyen, graban la



las manos de "La Gioconda".



Detalle de "La Gioconda" y fracción de paisaje al fondo.

cifra secreta del ser complejo y cambiante en inscripciones confusas tanto más indescifrables que sólo el ser afectado conoce la propia clave de ese lenguaje emotivo... y ¡lo ignora tantas veces!

¿Quién era, pues, este ser, de una en otra metamorfosis, llegó al fin a esta forma de sí mismo ante la cual el pintor, satisfecho, la sonrisa, o angustias en la intención, pudo decirse a sí mismo: "¿Este es el final del fin?" Lo que puede equivaler a confirmarse que la obra de arte está acabada, y entró en lo medular de lo perfecto, o expresar la convicción de cómo es vano perseguir en la substancia de una cosa con un fin, la inasible concepción de lo infinito. Si Leonardo de Vinci guardó, hasta su muerte en Cloux, el retrato de esta incógnita que se llama "La Gioconda", ¿acaso en su inconsciente no lo hizo porque aún le reservaba recursos incontables de infinito? Por juzgar inacabado no ya el retrato en sí mismo, sino la conjuración (una manera de magia destinada a llenar lo concreto de esta forma, de esa vida, a lo impalpable prendida, y a lo sobrenatural, que lentamente surgía en el rostro del modelo, en el paisaje también (rostro de la tierra misma), espejo de la mujer, y telúrico revés del ser de carne.

Y el retrato en sí mismo... Cuatro años de pintura ante el modelo. Ante el modelo cambiante, en cuatro años. Y estimando la

obra inacabada, un pintor que retoca todavía, y continúa, cuando ya no está el modelo en su presencia, con recuerdos visuales nada más, o la imagen interior en la visión. Que la imagen interior sustituyese a la imagen exterior de Mona Lisa, ¿es cosa distinta a lo más lógico en este caso singular de la pintura? ¿Hasta dónde, sin embargo, en todo caso? Hasta hacer de la imagen de esa Lisa el telúrico ejemplar de "La Gioconda". En lo íntimo, una síntesis de lo más particular y lo genérico, la joven florentina, en su retrato, se recrea y se transforma gradualmente en esta criatura, sedimento de inquietudes y fenómeno mítico, que ya no es solamente criatura, sino esa Creación de que hablaba Walter Peter en la más brillante página de su estudio romántico sobre "El Renacimiento": proyección en lo cósmico de la propia y terrestre identidad de Mona Lisa. Pues no está "La Gioconda" (lo absoluto, lo cósmico, el misterio) solamente en la enigmática expresión de la joven y cambiante florentina. Aun cuando era ya la imagen interior de Leonardo. Más profundos aparecen, lo cósmico, el misterio, lo absoluto, en ese acuerdo interior en la adición acabada, de los dos elementos sustantivos que asientan el poder del cuadro: enigma de la Mujer; enigma del Paisaje en torno. Que estaba la intención de Leonardo en ese acuerdo profundo, lo prueba sin duda alguna el retrato de Cecilia

Gallerani y el de Ginevra de Benci. Seguir a Leonardo en esa pista (y no son estos retratos los menores que salieron de su mano) es hallar a "La Gioconda" en su sentido profundo. El paisaje que florece junto a Ginevra de Benci, la envuelve, la sutaliza es la atmósfera y el modo de esta mujer conocida, su propia contratigura. La comadreja afinada, viva la mirada alerta, en acecho y fugitiva, pintada por Leonardo en los brazos de Cecilia Gallerani, es el doble del modelo; si se quiere, su propia proyección.

¿El paisaje en "La Gioconda"? La imagen apacible y turbulenta, clara y enigmática a su vez, maternal y altiva, simple y desdeñosa tantas veces, irónica, esfíngica y dulce... del "estado de alma" de una tan inquietante criatura, que no es ya "una" mujer bien definida, con estado civil concretizado, sino gran amalgama ilimitada de todas las mujeres posibles.

Si un destino tiene "La Gioconda", este destino consiste en ir presentando aún, y haber presentado ya, a la riada constante que arrastra generaciones, cuando sobre ella se inclinan, y buscan en las entrañas de su "cosa espiritual", como en las aguas secretas de los lagos de montaña, las formas innumerables de la íntima inquietud de cada uno

J. B. TOLEDO

Cloux, París, 1956



El Cañón del Colorado desde el borde Sur.



Cascada "Velo Nupcial" en el Cañón Havasupai



El Río Colorado en el Cañón y el Puente Colgante Kaibab.

EL GRAN CAÑÓN DEL COLORADO

CUANDO el capitán español García López de Cárdenas enfrentó en 1540 la abismal garganta por donde corre el Río Colorado en Arizona, el "Gran Cañón del Colorado", su espíritu quedó sobrecogido ante la imponente maravilla de la naturaleza. El crepúsculo tejía sus alas y en la gloria llameante del atardecer, la enorme mole de roca sajada en sus entrañas, transfigurada y como despertando en su lecho de piedra, parecía devolver al cielo la luminosidad atesorada por milenios de milenios.

Fue el primer hombre blanco que contempló ese tremendo tajo en la faz de la tierra, apuñaleada por los agentes naturales y por la daga del tiempo, cicatriz de casi nueve millones de años que aún continúa su proceso.

Contiguo al borde del precipicio, desde lo alto de la silla de su caballo andaluz, su mirada resbalaba hacia la profunda garganta, casi dos mil metros de abismo, por donde el Río Colorado corre ciento setenta kilómetros, con sus aguas tumultuosas, en procura del mar. Fascinado, admiraba los senderos de los indios que, serpenteando, conducen al fondo del abismo: el Paso del

Angel Deslumbrante (Bright Angel Trail) y el Paso de Kaibab (Kaibab Trail). Las mesetas del Tonto, de Powell y de Coconino, rompían el fantasmagórico conjunto de montañas con base en la descomunal grieta, que a la luz de la tarde declinante, semejaban palacios de Scheherazade en púrpura y oro, o templos orientales de magnificencia incomparable, o pirámides faraónicas de imponente majestuosidad. Al Sur y al Norte, el verdor de la selva — hoy los Parques Nacionales de Kaibab — y al Este el aterrador y árido desierto.

Ha transcurrido ya tiempo desde que por vez primera el capitán Cárdenas de la expedición de Coronado — enviada por Cortés en busca de las fabulosas Siete Ciudades de Cibola cuyas calzas, según la leyenda, estaban pavimentadas con oro, plata y tachonadas de piedras preciosas por doquier — visitara el "divino abismo" como lo catalogó Burroughs; ahora en el Norte se encuentran las tierras reservadas para los indios Navajos, para los indios Kaibab, para los indios Hopi, aunque en la región del Cañón del Colorado viven otras dos tribus: los Paiute y los Hualpai.

El descenso hasta el fondo del precipicio que intentaron algunos hombres de Cárdenas y que a muy poco camino hubieran de abandonar, hoy lo recorre con relativa comodidad, en lomo de burro, cualquier visitante. Desde allá abajo, la escala natural es tal, que el observador se siente empuñado ante la grandeza, en la misma

medida de la sensación de los liliputienses ante Gulliver.

Las montañas de la sima, macizos de rocas en el Cañón del Colorado que sobreviven a la erosión, imponen con su color cambiante, con sus configuraciones que aquietan las formas más extrañas e inimaginables. Es así que los nombres que actualmente las distinguen responden a la evocación: el Templo de Buda, la Pirámide de Keops, el Altar de Confucio, el Templo de Diana, el Castillo de Galahad, el Templo de Isis, el de Júpiter, el Altar de Rama, el Templo de Pollux, la Torre de Set etc.

Algunas cifras darán cuenta de la magnitud de esta tremenda cortadura en el seno de la tierra que es el Gran Cañón del Colorado: su longitud alcanza casi 350 kilómetros medidos según el curso del río; su ancho varía entre los 7 y los 30 kilómetros, promediando los 13; su profundidad, como ya lo hemos mencionado, sobrepasa el kilómetro y medio. Hendrik Van Loon calculó que si todos los seres vivientes fueran arrojados a ese profundo precipicio, su volumen conjunto equivaldría al del fertilizante necesario para volver más lozana su vegetación achaparrada.

La sinfonía cambiante de colores del Gran Cañón, violeta, ocre y bermellón desafiante en la mañana, púrpura y oro en el crepúsculo, misterioso azul en las noches de luna, la escala en sobresaliente grandeza, el silencio solemne del enorme espacio abierto, detienen el aliento. Se siente la

¡Al instante!

un cutis
"nuevo",
aterciopelado...

Angel Face
de POND'S

Hay 5 modernos tonos:
Rubio - Macarado -
Rosado - Moreno -
Bronceado - Oltano -
Testado - Cebizo.



Elija el matiz exacto que conviene a su tipo, ...extiéndalo suavemente sobre su rostro... ¡y mírese al espejo! En 5 segundos Angel Face habrá convertido su cutis en un sedoso terciopelo. Angel Face es polvo y base, todo en uno. No necesita agua, no se agruma, no se "cae".

¡Y jamás seca el cutis!
por su contenido de
Aceites Pulverizados

Pídalo en su Estuche Metálico o en su nuevo
¡y tan coqueto! Estuche Blue Plastic: ideal para
la mano y el tocador.



Vista del Gran Cañón del Colorado.



Indios Navajos tejiendo frazadas multicolores.



Paso del Ángel Deslumbrante.

necesidad de recurrir a superlativos ante la inmensidad del tiempo, del espacio y del silencio; se intuye que es la hora para que las trompetas y los grandes tambores resuenen en su hosanna hacia la sublimidad de las fuerzas que crean y que destruyen.

Tres de los más importantes capítulos de la historia geológica de la tierra quedan revelados en los pétreos taludes del Cañón del Colorado: las rocas más antiguas conocidas por el hombre están expuestas en las paredes de la gran garganta. El período arcaico puede verse representado en la parte inferior de la garganta por los granitos y los gneis de la época en que la primitiva costra de la tierra estaba lejos de su completa solidificación. Las calizas areniscas y esquistos rojos, que se encuentran en los grupos Unkar y Chuar y son visibles en la zona del Paso del Ángel Deslumbrante, caracterizan el período algonquico. En la meseta del Tonto los restos de caperazones fósiles determinan el período cámbrico y aún en las regiones de Supai pueden encontrarse características del período carbonífero.

El origen del Gran Cañón del Colorado es simple como todo lo que la naturaleza ofrece: el agua ha sido el principal elemento en la constitución de la profunda fisura. El Río Colorado, uno de los largos ríos de la América del Norte, nace en las Montañas Rocallosas en los Estados de Colorado y Wyoming y vierte finalmente sus aguas en el Golfo de California. En el Gran Cañón su velocidad media es de unos cuatro kiló-

metros por hora, cayendo en algunos sitios desde 200 metros de altura — por ejemplo en la parte del Cañón Havasupai — y arrastra cada 24 horas alrededor de un millón de toneladas de sedimentos, arena, gravilla y cieno. El mayor John Powell, del Servicio de Catastro Geológico de los Estados Unidos, en 1869, con nueve hombres y cuatro botes, partiendo de la ciudad de Green River, navegó el curso del Río Colorado y exploró con meticulosidad la zona del Gran Cañón, escribiendo así una de las páginas épicas de la historia del heroísmo norteamericano. Muchos factores desconocidos del Gran Cañón del Colorado y el cabal conocimiento del río del mismo nombre, fueron revelados por el mayor Powell.

Y bien, el Gran Cañón del Colorado es uno de los ejemplos más típicos de la erosión, siendo excavado por el río y sus arroyos tributarios en el correr de larguísimo tiempo. Uno de los factores importantes en el desarrollo de la gigantesca cortadura fue la gradual elevación de la total planicie primitiva, que siempre mantuvo la empinada pendiente del río y que en algunos puntos llega a 800 metros sobre el nivel del mar. Las lluvias y las aguas del río con su sedimento de arena y de gravilla mordieron implacablemente las rocas durante millones de años. El viento cooperó en el desgaste al proyectar arena sobre las mismas y el calor, el frío, las heladas, también contribuyeron a su formación al expandir y contraer las rocas.

Esta actividad combinada de los agentes

naturales constituye el proceso de la erosión, cuya fuerza más poderosa es el tiempo.

Es, pues, según los geólogos, la erosión el factor constitutivo del Gran Cañón del Colorado. Aunque otra versión circulante, más ligera, atribuye su formación a un es-

cocés que habiendo perdido una moneda en el lugar, en la madriguera de un topo, comenzó a excavar y a excavar hasta encontrarla.

E. Mario PEYROT
(Especial para EL DÍA)



La Torre de Vigilancia, de los indios, en el borde del desierto.



Acantilados de rocas calizas en el borde Sur.



El río Colorado visto desde Moaheve Point.



Paso de Kaibab.



La cabecera de la mesa del almuerzo del Club de Mujeres Norteamericanas: de izquierda a derecha: Sra. J. Webb; Sra. Edna Moore; Sra. de Patterson, esposa del Embajador de los Estados Unidos; Sra. Ann Christie y Sra. Brooks.



La señora Ann Christie, presentando a la señora Jefferson Patterson, esposa del Embajador de los Estados Unidos, a los miembros del Club de Mujeres Norteamericanas, durante el almuerzo mensual de dicho club.



En la sede del Concejo Local Autónomo de Las Piedras, se procedió a la apertura de la licitación pública para la erección del edificio propio, con asistencia del Presidente del Concejo de Canelones Sr. Rivera Berreta y señores concejales.

INFORMACION GRAFICA



Homenaje a don Adrián Troitino, en el aniversario de su fallecimiento, ceremonia realizada en la quinta "Gavroche", organizada por el Sindicato de Vendedores de Diarios y Revistas.



Con material realizado por Antonio F. Esmoris, para la enseñanza escolar de la anatomía humana, se está realizando una exposición plástica-didáctica en el hall del Museo Pedagógico.



Homenaje efectuado en la Escuela España a la profesora señora Juana Gaim de Piriz, con motivo de su jubilación.



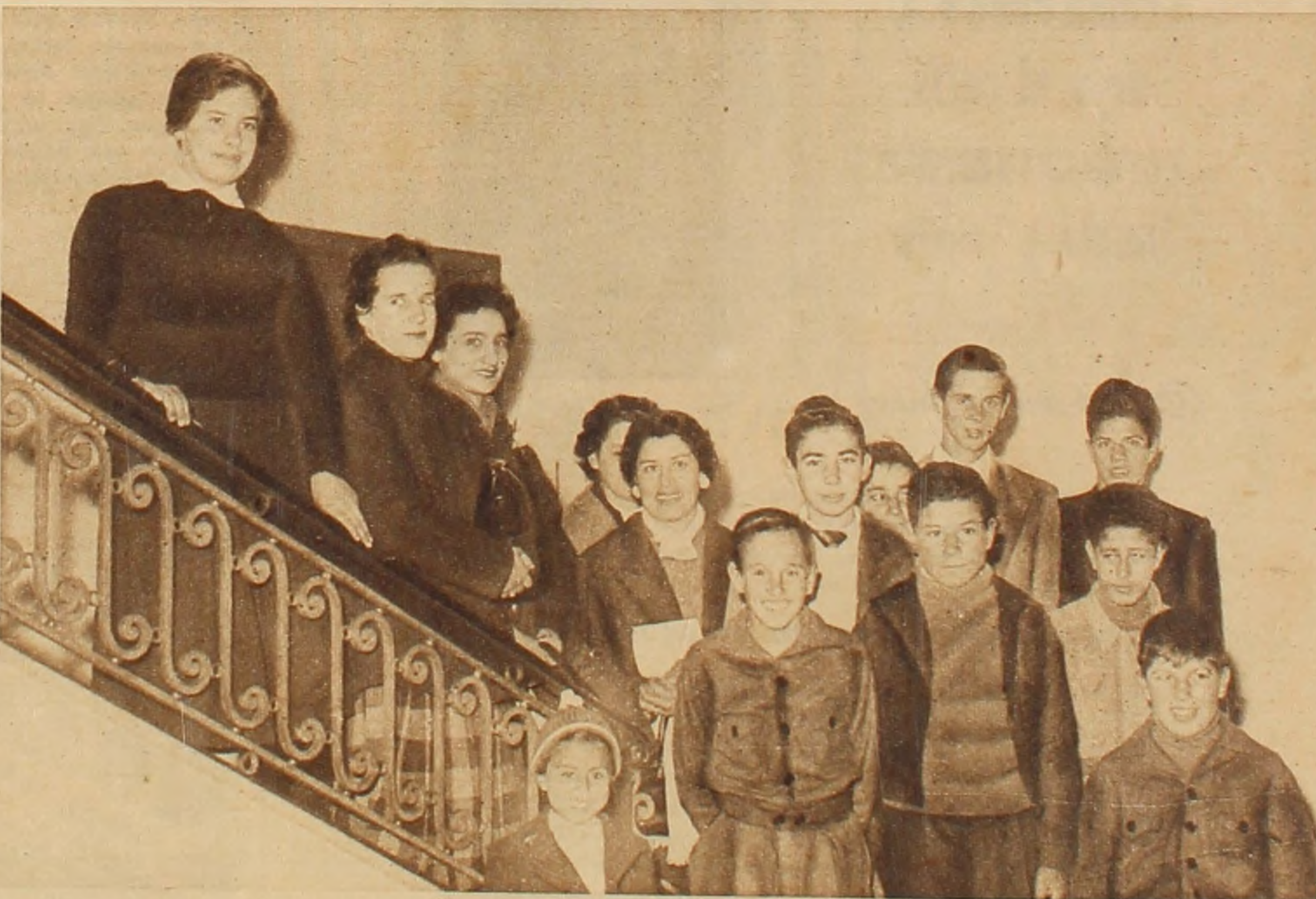
Homenaje a Eduardo Fabini realizado en la Escuela Portugal, donde hizo entrega de la bandera de aquel país, donada por el Encargado de Negocios de Portugal.



Despedida del Encargado de Negocios de Canadá, realizada en los salones del Ministerio de Relaciones Exteriores.



Llegada a Montevideo de la maestra señora Adelia Silva de Sosa, llamada por el Consejo de Enseñanza Primaria a objeto de aclarar el alcance de las situaciones denunciadas como prejuicios raciales.



Grupo del Hogar Rural de Lavalleja (dependencia del Consejo del Niño) que estuvo de visita en nuestra casa. Acompañan la maestra Sra. María Inés Barrera de Castro y la Visitadora Social señorita Elena Morosoli, integrantes del Hogar.

JESUS María Tabarez, capataceaba la estancia del doctor Merlo hacia 15 años. Era un negro gigantesco, de plácido mirar. Como un halo de valor frío, de heroísmo sereno, de él se desprendía. Era un negro manso y poderoso. Su vestido, su apero, sus prendas todas mostraban la pulcritud más estricta. Sus caballos —que él mismo domaba, así como los del amo— constituían un lote espléndido. El patrón, reconocido y nombrado en la comarca por Quinca Merlo, poseía un campo que tocaba las aguas de la Merin, del Yaguarón y del Tacuari, pasando esta tierra la corriente del último río: la isla salvaje de la Catumbra. Hace ya muchos años de esto...

José Joaquín Merlo era un ser de pequeña estatura, su rostro casi desaparecía bajo espeso bigote y espesa barba negra. Desde que se posesionó de su hacienda vistió siempre el mismo traje: chaqueta corta y pantalón ajustado; y botas altas de charol. Todo negro, de arriba a abajo. Sólo el oro espejeaba en sus dedos, en el cabo de su arreador, y en sus espuelas. Trajo a su única hermana, Moza Palmira, menor que él. Entonces ya capataceaba Tabarez aquellos miles de cuerdas. El negro no sabía leer ni escribir; pero allí administraba, dirigía, mandaba.

Merlo mantenía, vivo y perpetuo, un extraño celo por Tabarez. Lo trataba rectamente, justicieramente; reconocía que el negro significaba el orden, la disciplina, y la prosperidad de su hacienda. Pero precisamente este ser todo del capataz, allí, causaba un raro sentimiento en el señor. También Tabarez había puesto un singular espacio entre él y su amo. Escuchaba sombrero en mano, cabeza gacha, sus órdenes y disposiciones. Pero se rebelaba, con serena humildad, ante alguno de sus tiránicos desplantes —pues Merlo era un despota—. Entonces era cuando entre aquellos hombres, sin ruido y sin alardes, el chocar de sus pasiones y el sofrenar de sus hombrías. Y Moza Palmira, que de 16 años llegó a ese clima, en él se iba desarrollando, subyugada por su hermano, a quien temía, y conquistada por Tabarez, en quien sentía casi un padre.

El gran galpón de la estancia la enorme manguera de piedra, y el azude de las casas eran los vértices de un dilatado triángulo que el ir y venir de hombres y bestias había limpiado de pastos: amplio patio bajo el amplio cielo. Mismo esa tarde se apeó allí, en la boca del galpón, Merlo, como lo hacía siempre; llegó en un raudal galope, sentó de golpe la espumante bestia, se tiró al suelo cruzando la pierna derecha sobre el recado. El peón casero Canela —negro retinto de 22 años— desensilló y de tiro llevó el caballo al azude para bañarlo a caldera y enjugarlo a lomo de facón. Volvía con él por el bozal cuando se le espantó. El negro tironeó, se encabritó el patiblanco



EL CAPATAZ TABAREZ

parándose de manos y cayendo sobre la tierra que golpeó ruidosamente. En tres saltos estuvo entre ellos Merlo, y sin decir nada cruzó el rostro del peón con la trenza de su arreador. Desvainó su puñal el negro y sacó su revólver el blanco. Pero allí se les enfrentó Tabarez. Con una mirada hizo guardar el arma al peón, que enderezó al galpón lentamente, sangrándole la cara. Tabarez quedó frente al señor.

—¿Quién lo mandó intervenir?
—Yo, na más, don Merlo. ¿Por qué hizo eso?

—¿A usted qué le importa?
—Me importa. Es un hombre a mis órdenes.

—Y usted está bajo las mías.
—¿Por qué hizo eso, don Merlo?
—Es un negro ruin.

—No es ruin, es un güen peón. Y menos que ser negro no es, como yo no soy. Los dos, sacándonos la color, somos iguales a usted, don Merlo.

El hacendado clavó sus ojos fríos en los mansos del capataz. Se observaron intensamente un largo espacio de tiempo. Ya venía hacia ellos, con una tremenda angustia en el mirar, Moza Palmira. Se detuvo a dos

pasos de los hombres temblando de espanto.

El amo habló reposadamente, con palabras claras y aguda voz:

—No quiero ver mañana a ese negro ruin en mi casa. A las nueve horas, yo y usted, Tabarez, saldremos a recorrer el campo.

Y atravesó el enorme patio con pasos duros.

—No jue nada, Moza —habló Tabarez a Palmira—. Y si jue o va a ser, pa el bien de él, y de usted, y de tuitos nosotros será.

Al otro día salieron al campo amo y capataz, sobre dos bayos caracoleantes. Cuando desaparecieron tras la última cuchilla, los ojos interrogantes de Moza Palmira aun estuvieron prendidos a ellos, a aquellos dos puntos negros moviéndose en la tendida esmeralda de los campos.

Cerca del monte del Yaguarón Merlo se apeó y maneó. Lo mismo hizo Tabarez. Había dos metros de tierra entre ellos.

—¿Despidió al negro, Tabarez?
—Entodavía no, don Merlo.

—¿Por qué?

—Tal vez usted consienta en dejarlo. Es un güen peón casero: cuidadoso, limpio, legal.

—Yo mandé despedirlo.

—Es muy cumplidor, mañana puede ser un güen puestero. Don Merlo: al mejor hombre se le va la mano a veces, antes que la cabeza mande; el caballo mejor domado ocasiones le asoma la sombra de una mañana.

—Usted, Tabarez, es más que la mitad de mi hacienda. Pero me ha faltado el respeto. Yo vine aquí a tratar, no con el capataz que me faltó; con el hombre que me enfrentó ayer dudándose. Yo no traje revólver porque sé que usted no usa arma de fuego; traje un puñal como el que usted siempre usa. Sáquelo y terminemos esto. Tabarez estaba sombrero en mano, cabe-

za gacha, como siempre. En esa actitud siguió —como ensimismado— un largo instante. El campo era un gran silencio, un tremendo vacío para los dos hombres a pesar de que a esa hora vibraba el sol. Tabarez levantó levemente su cabeza, miró con sus ojos serenos los fríos de Merlo. Y dijo:

—No, don Merlo, usted sabe que lo mataría.

Se concentró un momento y siguió:

—Más vale, despidame de su casa y de su campo.

El tiempo pasaba marcando su eterno e inmutable latir. Hasta que el hacendado desmaneó, dijo ¡vamos!, y salió al galope rumbo al caserío. Tras él siguió el negro. Merlo se dio al suelo junto a la boca del galpón, y como Canela no aparecía para llevar el caballo al azude, Tabarez, que llegó junto al patrón, gritó:

—¡Canela!

Apareció el peón desensilló y llevó el caballo, y volvió con él. Merlo aun permanecía rígido junto al arco del edificio. Cuando el negro pasó frente a él, le dijo:

—Párate un momento, Canela.

Lo miró de arriba a abajo, con sus ojos fríos. Y continuó:

—Ayer te crucé la cara con la trenza de este arreador. Me arrepiento de lo hecho, Canela. Ahí lo tienes, cruza la mía.

Y tendió el arreador al peón cuando bruscamente terció Tabarez:

—¡Llévase ese caballo, Canela!

Y allí quedaron bajo el sol Merlo y Tabarez; y Moza Palmira que había llegado en vacilantes pasos y se había detenido muda, pendiente de aquella escena patética. Tabarez, que estaba inmóvil, hizo un movimiento nervioso. En seguida expresó con tenue acento:

—La doy las gracias, patrón.

Y Merlo contestó:

—Yo a usted, Tabarez.

José MONEGAL.
(Especial para EL DÍA)
Dibujo del autor.

Sólo
Crema Pond's "C"
deja el cutis
verdaderamente
limpio y fresco

dice la señorita

Ana Sauze Juárez



Ana Sauze Juárez, joren figura de la sociedad argentina.

Las impurezas acumuladas en los poros, roban frescura y limpieza a su cutis. Practique diariamente la más simple e importante rutina de belleza: limpieza profunda del cutis con Crema Pond's "C". Hágalo así:

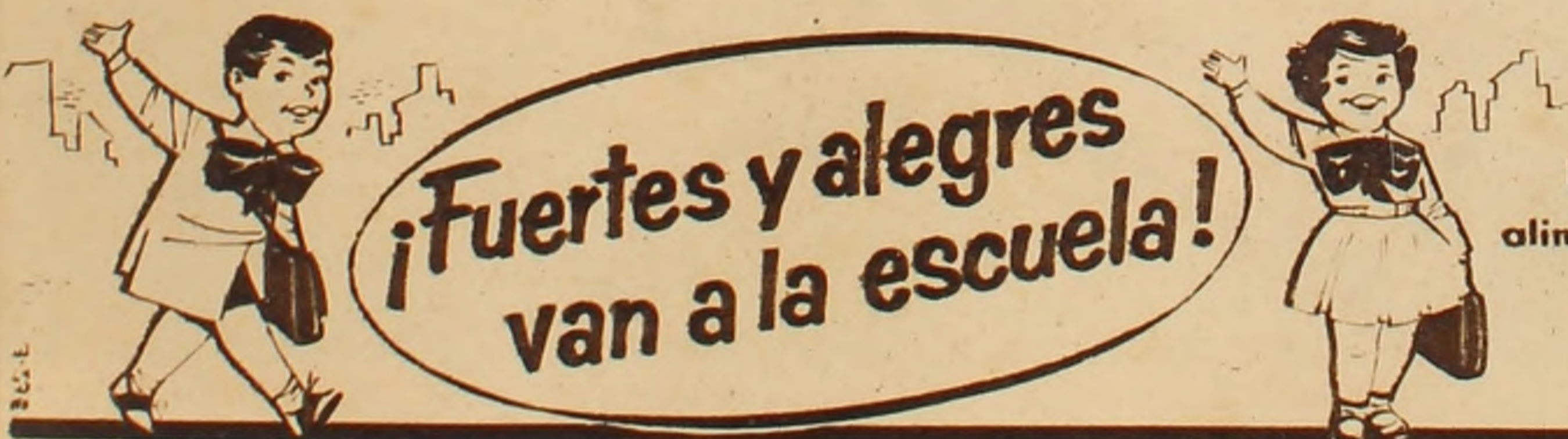
TRATAMIENTO FACIAL POND'S DE LIMPIEZA

Aplique sobre el rostro abundante Crema Pond's "C" dejando libres los ojos, en suaves masajes circulares hacia arriba y afuera, con la yema de los dedos. Déjela un momentito para que sus especiales ingredientes "ablanden" las impurezas, y luego quítela. Para eliminar los últimos restos de polvo y grasitud, hágase una segunda aplicación de Crema Pond's "C" y quítela. Este tratamiento completo dejará su cutis inmaculadamente limpio, fresco, embellecido!

CREMA POND'S "C"



Estado actual de las obras del Pasaje Superior del Kilómetro 102 de la carretera del Este, construida con saldos de otras obras en un reajuste del Plan Berreta, y que terminará con los pasos a nivel en la carretera del Este.



TODDY
NUTRE, VIGORIZA y FORTALECE

ETIQUETA ROJA: Con cacao • ETIQUETA AZUL: Sin cacao

GRAN VENTA DEL ABRIGO

OFERTAS SELECTAS DE NUESTRO EXTRAORDINARIO SURTIDO DE

PAÑOS

PRESENTADAS
POR LA
SECCION TEJIDOS
DE NUESTRAS
3 CASAS

Casa Soler

SOLER HNOS. S. A.

PAÑO FANTASIA

tipo TWEED, en variedad de
labrados.
Ancho 1.40, el metro \$ **6.50**

PAÑO VELOURS

liso en todos los colores.
Ancho 1.40, el metro \$ **9.80**

MELANGE

Paño en calidad muy suave.
Ancho 1.40, el mt. \$ **10.50**

PAÑO NEVADO

y TWEED MELANGE, dos éxi-
tos de la moda.
Ancho 1.40, el mt. \$ **11.50**

TWEED Multicolor

una novedad para tapados
o traje chaqueta.
Ancho 1.40, el mt. \$ **12.50**

DUVETINE Jaspeada

Regio paño en los tonos del
momento.
Ancho 1.40, el mt. \$ **12.80**

RATINE

Novedoso paño para gran
vestir.
Ancho 1.40, el mt. \$ **13.50**

TWEED ANGORADO

"RODIER", una creación de la
industria nacional.
Ancho 1.40, el mt. \$ **14.50**

MARBRE

Paño fantasía en modernos
efectos y colores.
Ancho 1.40, el mt. \$ **15.50**

PELO DE CAMELLO

y ANGORA, en los colores
clásicos.
Ancho 1.40, el mt. \$ **16.50**

PELO DE CAMELLO

REVERSIBLE, paño de gran
souplesa.
Ancho 1.40, el mt. \$ **17.50**

TWEED

en novedosa trama y colores
del momento.
Ancho 1.40, el mt. \$ **18.50**

Recien recibidos:

IMITACION PIEL DE LEOPARDO - ARMIÑETE
PANAS y TERCIOPELOS LISOS y FANTASIA

Precios al alcance de todos

CLIENTES DEL INTERIOR:

Soliciten muestras y diri-
jan vuestros pedidos a
vuestra CASA MATRIZ
Av. Agraciada 2302 y
M. Sosa.

SUCURSAL GOES
AV. Gral. FLORES 2341
esa. MARC. BERTHELOT
Tel. 24200-24300-24400

CASA MATRIZ
AV. AGRACIADA 2302
esquina Marcelino Sosa
Tel. 20 09 61

SUCURSAL CORDON
AV. 18 de JULIO 1601
esquina Carlos Roxio
Tel. 40 41 11

Y ahora escuche la audi-
ción HOY VIENE MI SUE-
GRA que se irradia Lunes,
Miércoles y Viernes a las
12 y 30 horas por C X 16
RADIO CARVE.